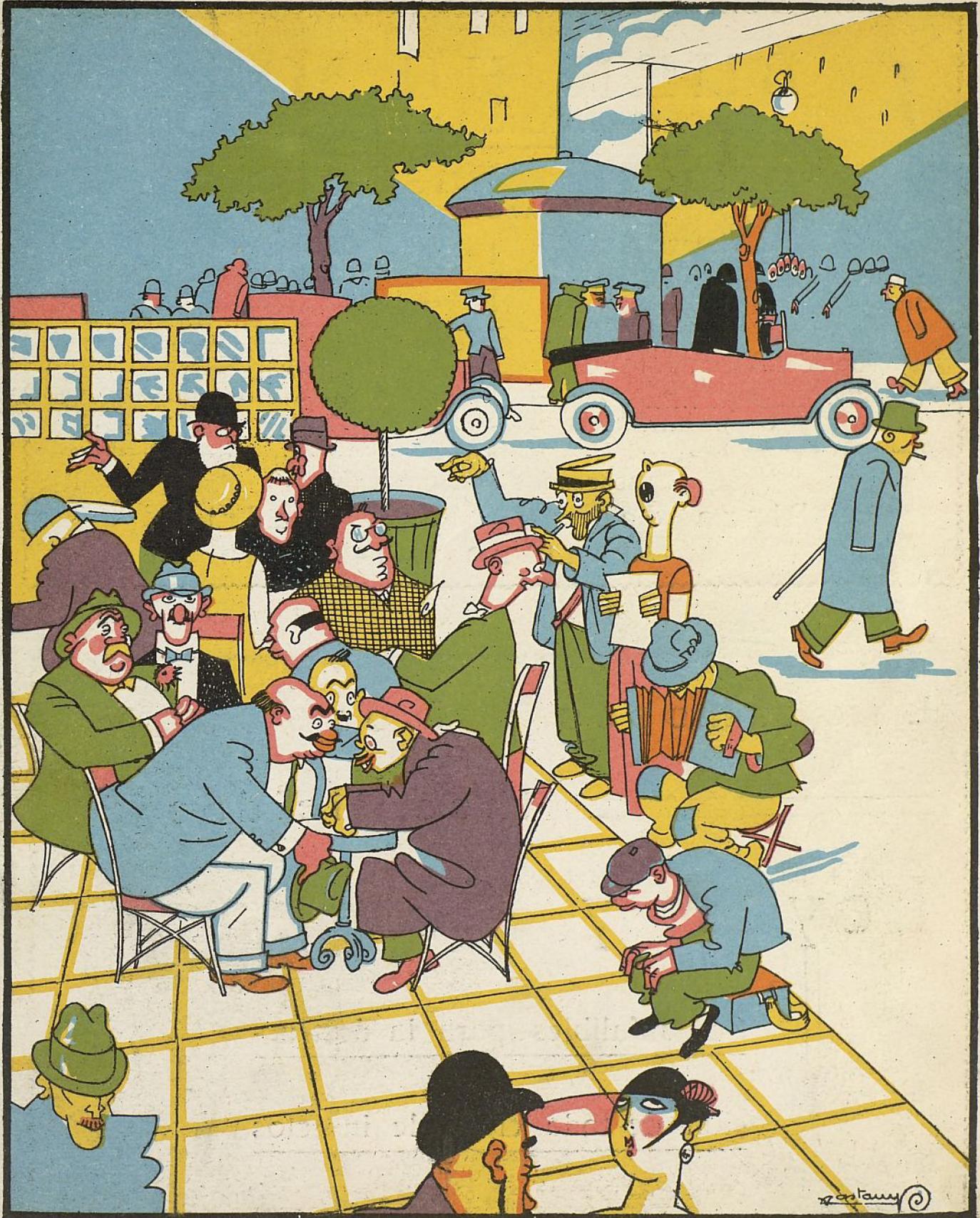


BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



Dió. CASTANY.

—¿Se ha fijado usted en el del clarinete? Lleva el compás con los dedos.
—La fuerza de la costumbre; en sus buenos tiempos era delineante.

BUEN HUMOR

SEMENARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO UNION POSTAL	
Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas	Trimestre.....	9 pesetas
Semestre (26 --).....	10,40 --	Semestre.....	16 --
Año (52 --).....	20 --	Año.....	32 --

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS		ARGENTINA (Buenos Aires)	
Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas	Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre (26 --).....	12,40 --	Semestre.....	\$ 6,50
Año (52 --).....	24 --	Año.....	\$ 12
		Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

insecticidas de

Leyer y Compañía

Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

14.—El Tajo

UN DON
CIEN MIL PESETAS
O O O

15.—Unas «cuestecitas»

Célebre torero
Capital india
Enfermedad
Ama

Concurso de pasatiempos de sepbre.

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos *piérdetiempistas*; resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Elegante juego vinagreras, cuatro piezas cristal tallado, a don Alfonso Martín, de Olot.

SEGUNDO.—Magnífica escribanía en mármol negro, a doña María Luisa Berres, de Madrid.

Y TERCERO.—Estupenda dulcera de cristal tallado, con montura de metal, a doña María Teresa Ruiloba, de Jerez.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

16.—Un aparato

ORIENTE
Delincuente
1000 1000
POSADA



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

Concurso de pasatiempos de octubre

Soluciones.

1, *Limpiabotas*.—2, *Pasas de Corinto*.—3, *Has faltado a lista*.—4, *Escotado*.—5, *Retraro*.—6, *Estacada*.—7, *Armario*.—8, *Toninada*.—9, *Locomóvil*.—10, *Valeriano*.—11, *Nube de verano*.—12, *Ganadería*.—13, *Tiene tres pares de bemoles*.—14, *Posponer*.—15, *Comilón*.—16, *Carretero*.—17, *Siguió nadando tres horas seguidas*.—18, *Estupefaciente*.—19, *Cabellera*.—20, *En octubre*.—21, *Ganaderos*.—22, *Cencerrada*.—23, *Desatendida*.—24, *Mantecada*.

De las 10.600 soluciones recibidas han resultado exactas las remitidas por los *piérdetiempistas* siguientes:

1, Abel Valdés, de Oviedo.—2, Isabelita Lafarga.—3, Carmencita Lafarga.—4, Mercedes Peyrona.—5, Marichu Peyrona.—6, Adelita, y 7, M. Yrurera, de San Sebastián.—8, Luis Florit, de Castellón.—9, Jesús Suárez.—10, Pilar Salvo.—11, Consuelo Salvo, y 12, Fernando Salvo, de Coruña.—13,

María Isabel Urzola, de Valencia.—14, Enrique Pineda, de Segovia.—15, Javier Esteban Indart, de Irún.—16, Luis Orgado, de Albacete.—17, Daniel Zuloaga, de Valladolid.—18, Manuel Matos, de Ceuta.—19, José L. Viñuela, de Hinojosa de Duero.—20, Justo Espinosa.—21, María Teresa Ruiloba, y 22, Simón López, de Jerez.—23, Agapito Sierra, de Badajoz.—24, José Ferrol, de Barcelona.—25, Emilio Cebrián.—26, Rafael Gómez.—27, José Montesinos.—28, José M. Delgado.—29, María de las Mercedes Arias.—30, Victoriano Escribano.—31, Bernardo Sanz.—32, Román Martín.—33, Carmen Lamonedá.—34, Joaquín García.—35, Luis Pérez.—36, Clemente Rodríguez.—37, Eloy del Puerto.—38, Fernando Peña.—39, María Luisa Besses.—40, Manuel García Reyes.—41, Luis Eguía, y 42, Emilio Sierra, de Madrid.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 2 de diciembre próximo.

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera»

Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor selecta»

Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores. Es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte»

La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 ptas., según cabida.



Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, cogote, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección.

Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades marca BELLEZA: LOCION cutánea contra las arrugas, granos, asperezas, etc. CREMAS Y POLVOS para el cutis

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Baúalona (España)

¿INSISTEN USTEDES EN QUERER SABER DE AN-
TEMANO LO QUE SERÁ EL ALMANAQUE DE



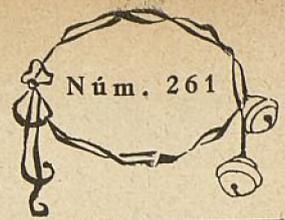
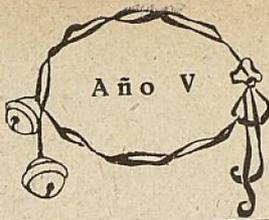
BUEN HUMOR



QUE PREPARAMOS PARA EL PROXIMO AÑO?

Pues sepan ustedes, por el momento, que los mejores escritores y dibujantes de España, que son los encargados de hacerlo, tienen ya el pelo completamente suelto.

¡LA CARABA POR CUATRO CUPRONIQUELES!



¡ABAJO LAS ERUDITAS!



ANTA erudición me anonada, me aplasta. Mi mujer me ha resultado una enciclopedia con gafas de concha, y yo, según una de sus frases, esa última hoja en blanco que nunca falta en los libros.

—No sabes nada—me recuerda a cada paso—. Eres un ignorante.

—Mujer, tanto como nada...—protesto, tratando de sonreír en vano.

—¡Menos!—afirma categóricamente.

Y así todos los días.

Confieso con la mayor sinceridad que ya me va—¿cómo lo diría de una manera delicada? Ah, sí—cargando su para mí exagerada sabiduría. Y que, de haber presumido que me unía a una biblioteca, no hubiera llegado al tan cursi como anhelado momento de ¡al fin, solos! Porque ya saben ustedes que los libros de caballería condujeron al magnífico Don Quijote a la idiotez en grado superlativo, y mi mujer es un libro, y, además, de caballería.

Antes de caer en sus garras, Justiniana, mi señora, me entretenía con sus disertaciones más o menos filosóficas, y sus citas, de novios, me producían cierto cosquilleo que en la actualidad se ha convertido en un malestar insospechado.

Hace algunas noches desperté del más agradable de los sueños—me creía soltero y solo—, y al observar que a mi lado reposaba la obra completa de la Espasa, comprendí que la realidad era para mí una pesadilla del peor gusto. Por casualidad despertó mi compañera y entonces preguntéla con una de esas interrogaciones imbéciles que tan frecuentemente empleamos los mortales, que si dormía.

—Soñaba—contestó.

—Ah—dije—. ¿En dónde estabas?

—En el Olimpo.

—¡Caracoles!—exclamé—. Querrás decir en el Olimpia, ese teatro.

¡Nunca hubiera pronunciado tales palabras! Voces, frases como la de la hoja en blanco, ¡el caos!

—¡Eres un animal!—chilló, por último—. Crees que el Olimpo es un "cine". Y, seguramente, tampoco sabrás nada de Júpiter...

—Ni palabra—contesté débilmente—. No me ha escrito.

Lanzó una imprecación, dió media vuelta y me volvió el dorso.

—¿Me creerán ustedes si les digo que no pude ya conciliar el sueño en lo que restó de noche?

¡Y todo por Júpiter!

Los lectores comprenderán mi alegría cuando sepan que dos días más tarde recibí una carta de Maruja.

Marujilla es el reverso de Justiniana. No habla nunca de un filósofo alemán, como mi mujer, ni de no sé qué "látigo", y jamás se ha ocupado de los "cabellos largos" más que para cortárselos. Como ven ustedes, Marujilla es una mujercita encantadora. Claro que la pobrecilla es algo bruta, pero enormemente guapa y simpática.

Pues bien; Marujilla me escribió una carta deliciosa, plagada de errores ortográficos, como todas las suyas, en la que me recordaba mis tiempos de soltero—¡ay!— y me pedía una entrevista.

"Supongo—decía entre otras cosas—, que ese guardia de la porra que tienes por mujer te dejará circular de noche.

Y me citaba a las diez.

Pero dió la malhadada casualidad que a mi señora se la ocurriera aquella velada que asistiéramos a un estreno de Pirandello, y me estropeó la combinación.

Al día siguiente recibí otra misiva más lacónica que la anterior. Y gracias a este laconismo y a sus faltas ortográficas aún tengo la satisfacción de contarme entre los vivos, pues tuve el lamentable descuido de olvidarla en uno de los bolsillos del gabán, al alcance de la insospechada curiosidad de mi Justiniana.

Decía así:

"Querrido jato esta tar de ala ora deco mer pasas por que higo no me gus to el platon tujata".

Y traducida al español:

"Querido gato: Esta tarde, a la hora de comer, pasas, porque, hijo, no me gustó el plantón. Tu gata".

Y como a Justiniana no le cabe en la cabeza que haya sobre la tierra quien escriba jato y jata por gato y gata, higo por hijo y platon por plantón, no sospechó.

Y gracias a eso he podido contárselo a ustedes.

PABLO TORREMOCHA



Dib. SILENO.—Madrid.

COMEDIAS RÁPIDAS

LA ABNEGACION DE DOMINGO

Tremebundo drama tropical, cuya acción se desarrolla en plena selva, y en el que no se sabe qué admirar más, si el interés del asunto o la imbecilidad del autor.

PERSONAJES.—Allá veremos cuántos son.

DECORACIÓN.—Plazoleta en la selva (vulgo claro del bosque) donde se alza un bohío (vulgo casa de cañas). Esta casa está habitada por el ciudadano (vulgo individuo) ANGELO ANGELONI, italiano emigrado que, además de aventurero (vulgo errante), es bastante bestia (vulgo bruto).

ANGELO ANGELONI está casado con GUADALUPE, joven española tan bondadosa como delgada. De semejante ayuntamiento o conglomerado nupcial ha nacido un hijo, llamado AMBROSIO, que, en la actualidad, tiene un año escaso, cual panecillo de diez céntimos. Los tres personajes presentados habitan en el bohío, cercano a las plantaciones de café que explota ANGELONI. Nos hallamos en los lejanos días de la esclavitud y al mando del italiano trabajan trescientos esclavos negros entre los cuales hay uno llamado DOMINGO, que es criado particular del matrimonio.

Al levantarse el telón, en escena ANGELONI, que se dispone a marcharse a trabajar, y GUADALUPE, que ha salido a despedirle, llevando en brazos a AMBROSIO el hijo.

Empieza la acción. Se ruega al lector que vaya preparándose para emocionarse, que la cosa vale la pena.

GUADALUPE.—(A su hijo.) Da un beso a papá, nene...

AMBROSIO.—(Que es un niño precoz.) Que se afeite primero, que ahora pincha...

ANGELONI.—(Riendo lúgubramente.) ¡Ah, bambino, bambino! ¡Qué salidas tienes! ¡Tienes más salidas que el teatro Pavón! ¡Cuerpo de Baco! ¡Qué bambino tan gracioso, cuerpo de Baco! (Todos los italianos emigrados dicen "cuerpo de Baco" para demostrar asombro.)

GUADALUPE.—¡Gracias a Dios que te veo reír, Angeloni! Sólo nuestro hijo consigue hacer ese milagro.

ANGELONI.—(Poniéndose más serio que Morano.) ¡Tengo pocos motivos para reír, mil legiones de diablos! El trabajo es duro y esos sinvergüenzas

de esclavos nunca tienen ganas de trabajar... ¡Aah! (Ruge como una gaterina y agita por encima de su cabeza de veneciano violento el látigo con que acostumbra a azotar a los esclavos.) (Dos o tres momentos de emoción.)

GUADALUPE.—¡Cámate, Angelo! Yo te lo suplico con lágrimas en el pañuelo. (Se limpia las lágrimas.)

ANGELONI.—¡Hum! (Grune.) En fin... ¡Me voy! Hasta la noche.

GUADALUPE.—¡Adiós, Angeloni! Bésame en la frente.

ANGELONI.—¡Oma... (La da un beso, pero como es un hombre tan brusco, la produce una erosión en el arco superciliar derecho.) ¡Adiós! ¡Ah! (Se vuelve.)

GUADALUPE.—¿Qué?

ANGELONI.—Mucho cuidado con el niño... Procura que no lllore, y si llora que esté alguien con él en ese instante, pues ya sabes que hay por los alrededores muchas serpientes boas y las serpientes boas acuden siempre al oír el llanto de los niños. ¡¡No quiero pensar, si a Ambrósito le ocurriera una desgracia!!

GUADALUPE.—Vete tranquilo como un lago suizo. No me separaré de él.

ANGELONI.—Eso no basta. Ordeno que Domingo no se separe en todo el día del niño... (A voz en grito.) ¡Domingo! ¡Domingo!

DOMINGO.—(Que es más negro que una sentencia de muerte, apareciendo por la derecha con aire tímido.) ¿Señor? ¿Qué quiere el señor? (Ya se sabe que los negros no pueden pronunciar las erres, y si pueden, no deben hacerlo, porque para algo son negros y no es cosa de que hagan las mismas cosas que los blancos.)

ANGELONI.—¿Qué hacías por ahí, cadera del infierno? (Insulto muy usado entre los dueños de plantaciones de café. También usan otros que ahora verá el lector.)

DOMINGO.—Señol, yo...

ANGELONI.—¡Cuñado de Satanás! ¡Cesto de mimbres! ¡Saco de carburo! ¡Tonelada de azufre! (ANGELONI levanta el látigo y golpea rudamente

a DOMINGO, que cae de rodillas. Repugnante escena de esclavitud tropical que presento al lector para darle idea de los horrores de aquel tiempo, y que a mí (y a todo el que la presencié) me produce muy mala impresión.)

DOMINGO.—¡Señol! ¡Señol! ¡No me golpee más!

GUADALUPE.—Déjale, Angeloni, que ya está hecho tapioca.

ANGELONI.—(A Domingo.) ¡Mucho ojo con separarte del niño en todo el día! ¡eh! ¡Mucho ojo! Que las serpientes acuden siempre al oír el llanto de los niños...

DOMINGO.—Sí, señol.

ANGELONI.—Pues hasta luego. (Le arrea otro latigazo a DOMINGO.)

GUADALUPE.—No le pegues más...

ANGELONI.—Era la propina, Adió. (Desaparece por la izquierda entonando una canción del trópico.)

Estaba la niña Pancha haciendo marrón glacé y entonces llegó un negrito y se comió dos o tres.

Jamalunga tinunga, tolé, ¡pinunga!

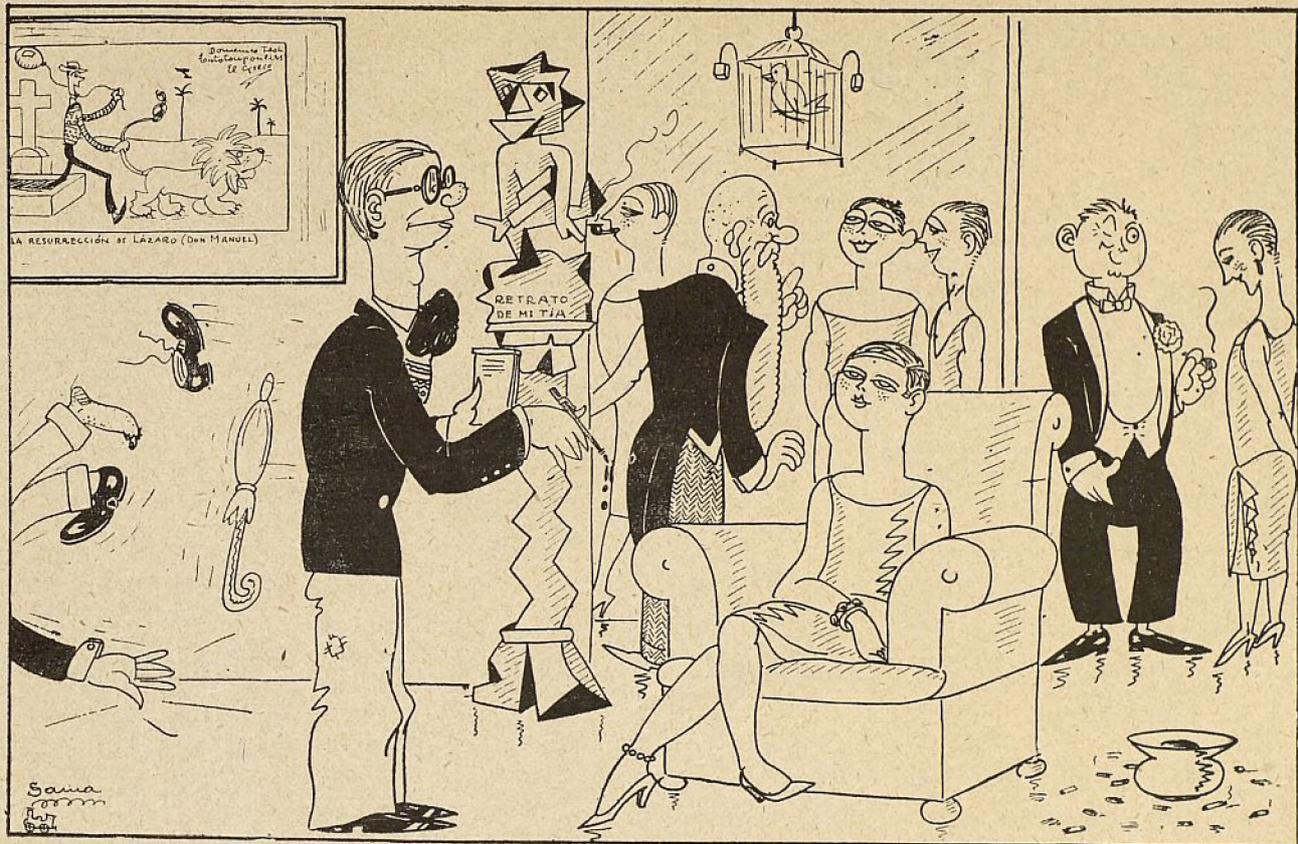
Jamalunga tinunga, tolé, ¡sotunga! (Canción que estaba muy de moda en la época de la esclavitud.)

GUADALUPE.—Ya se ha ido... ¡Dio-mío, qué desgracia tan deprimente! Tener que vivir siempre con esa fiera que reparte latigazos como quien reparte décimos de Lotería. Ahora me obliga a levantarme al salir el sol y me paso el día durmiéndome por todas partes... ¡Infame! Pero, no, ¡no será! Voy a acostarme y me desquitaré hoy de todo el sueño atrasado... ¡Domingo!...

DOMINGO.—Señola...

GUADALUPE.—Toma el niño y ten cuidado de él, que yo tengo que hacer ahí dentro... (Le da el niño y hace mutis por el bohío.)

DOMINGO.—Sí, señola. ¡Poble señola! ¡Tenel que vivil con ese cafle! ¡Polque es un cafle! ¡A mí me tlata a tlatazoz! Me tlata como a un pelo



Dib. SAMA.—Madrid.

Ella.—Pero si es usted poeta ¿por qué no se deja crecer el pelo?
 El.—Es que yo soy poeta a lo "garçonnette"...

y ayer estuvo en otro pelo que no me mata... ¡Y uno siempre flabando, ale que ale, como un bulo!... (Se tumba en el suelo, según costumbre, y se queda dormido.)

(Una pausa que impresiona como el director de una Casa de cintas cinematográficas. Los árboles de la selva se mueven con un suave susurro de hojas, y, a pesar de que se mueven, todos quedan en sus sitios. De vez en cuando se oyen las voces de las fieras: el rugido del león, el aullido del chacal y el zumbido del mosquito de trompetilla. Un arroyo próximo murmura; no se sabe de quién, pero murmura. Y el sol, asomando su anchafaz por entre las copas de los árboles, da en la escena pinceladas de un rojo bostezo y de un amarillorpiánola.)

(Este párrafo descriptivo se lo de-

dica el autor a la Junta directiva de la Sociedad de Analfabetos de Madagascar.)

(De pronto, AMBROSIO, el niño, que había quedado sentado en el suelo, rompe a llorar con uno de esos llantos infantiles que, como las obras de adoquinado de Madrid, no se acaban nunca.)

DOMINGO.—(Despertando aterrado.) ¡Dios mío! ¡El niño llora! ¡Ahora vendrá la serpiente boa y lo matará! ¡Y al pobre Domingo le molearán a palos! ¡Ah! ¡Qué idea! (Coge al niño y lo mete en el bohío. En seguida él se pone a imitar el llanto del nene. Por la derecha entra una serpiente boa.)

LA SERPIENTE BOA.—Por aquí llora un niño... ¡Me voy a hinchar!

DOMINGO.—(Llorando de un modo infantil.) ¡Eeeeh! ¡Eeeeee!... (Vé-

se la abnegación de DOMINGO, que se presta a ser muerto, por salvar al hijo de su tirano.)

LA SERPIENTE.—(Mirando a todas partes.) Pero, ¿dónde estará ese niño? (Viendo a DOMINGO.) ¡Anda! Si es este idiota el que está llorando!... ¿Cómo podré haberme equivocado así? ¡Qué tonta soy! Me han tomado el pelo. (Se va por la izquierda bastante avergonzada.)

TELON

EL LECTOR.—¡Qué cosa tan curiosa!

Yo.—¿Lo encuentra usted curioso?

EL LECTOR.—¡Ya lo creo!

Yo.—Es que estas historias de serpientes siempre son extrañas. ¡Si usted hubiera viajado por el trópico como yo!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Nocturno trovadoresco

una lata con acompañamiento de cítara

¡Oye mi trova, serrana!
 ¡Despierta y oye mi trova,
 lucero de la mañana!
 ¡El santuario de tu alcoba
 deja y sal a tu ventana!

Sal, virgen de mis amores,
 sal, perfumado capullo
 de rosa, envidia de flores,
 que duermes con el arrullo
 de "canoros" ruiseñores.

Verás por tu celosía
 al que por ti de ansia muere
 cómo tiembla de alegría
 si sales: porque te quiere
 mucho más que el primer día.

Escucharás mi canción
 triste, tierna, rumorosa,
 que brota del corazón,
 y me darás ocasión
 de hablar en verso y en prosa.

Escucharás mis acentos
 ora roncós, ora suaves,
 cantando mis sentimientos,
 y te diré mis tormentos
 trinando como las aves.

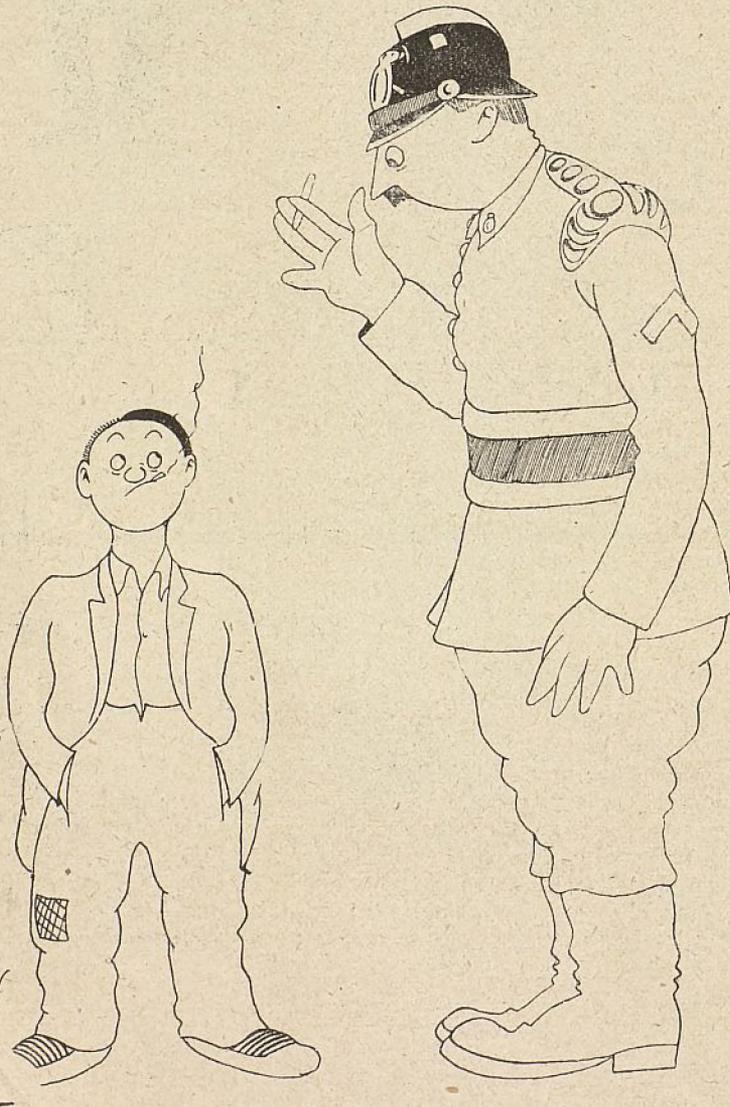
Sal a tu ventana, hurí,
 estrella matutinal.
 mira que trino sin ti.
 ¡Haz el favor! ¡Sal aquí!
 ¡Piensa que estoy mal y sal!

¡No prolongues más tu ausencia
 que estoy tañendo el laúd
 y anhelando tu presencia!
 ¡Sal, que muero de impaciencia!
 ¡Sal, rica, por tu salud!

¡Sal, encantada princesa,
 sal, y no te hagas la sorda!
 ¡Ya sé que estás algo obesa
 y que despertar te pesa!
 ¡Pero sal, por Dios! ¡¡Sal, gorda!!

* * *

Dirá el lector imparcial
 al llegar a este final:
 —¡Concho! ¡Esto no tiene gracia!—
 Y yo respondo, formal:
 —¡No la tiene, por desgracia,
 pero en cambio tiene "sal"!



Dib. CISNEROS.—Madrid.

El bombero.— ¡Gracias a Dios que encuentro fuego!...

SOTERO L. PEON

Otro golpe a las suegras

Ante todo, háganme ustedes el señalado favor de no hacer el menor caso de lo que dice el título de este trabajo. Eso de otro golpe a las suegras no deja de ser un sueño de mi mente exaltada y calenturienta, porque al más romo se le ocurre que no hay manera de dar, no ya otro golpe, sino ni el primer golpe a esas señoras por muy Uzcudun que uno sea, y la mayoría no lo somos, por desgracia. (Y aunque los que no lo somos por desgracia, lo fuéramos por fortuna, me parece que sería lo mismo... ¡Lo que no puede ser, no puede ser!...)

Quiero decir, y ya ustedes lo habrán adivinado con su perspicacia acostumbrada, que vamos a dar otro golpe a las suegras en el terreno humorístico, y gracias a que así se lo podamos dar, porque aun así nos da miedo; o, lo que es lo mismo: que nos vamos a permitir una vez más esparcir nuestra guasa sobre las cuartillas a costa de esa venerable llaga social que tanto ha hecho gemir a las prensas y a los yernos, y gracias a la cual se han enriquecido tantísimos cacharrereros y se han transformado en multimillonarios una barbaridad de modestos farmacéuticos vendedores de árnica, tafetán inglés, piernas de goma y ojos de cristal de ambos sexos.

Debo decir, en lo que a mí se refiere, que mi pertinacia guasona contra las madres políticas que pueblan el planeta no envuelve ideas furibundas de venganza, ansias de desquite ni comezón a desahogar mi pecho. A mí, en rigor, no me ha hecho nada ninguna suegra (¡esto no lo van ustedes a creer, pero yo tengo que decirlo porque me parece que es verdad, aunque no estoy completamente seguro!); pero el que a mí no me haya hecho nada ninguna suegra, no quiere decir que el día de mañana no me lo haga, pues lo mismo que no se puede decir "de este agua no beberé", no se debe afirmar "de esta suegra no cobraré", porque cuando menos se piensa ya está armado el lío; y, lo que es peor, está armada la suegra y no la desarma ni la Conferencia de Ginebra.

Conste, pues, que yo voy a explayar unas prosas pitorréicas sobre las suegras, a pesar de no haberme hecho nada hasta ahora, y sólo porque sé que mucho público se solaza bárbaramente con este género se divagaciones. Ahora bien: el día que alguna me haga algo, lo primero que haré yo será escribir un artículo mucho más cruel que éste, pero en cuanto termine de escribirlo juro por mi salud que la mato... Entiéndase si puedo...

Que puede que no pueda, me lo

está diciendo ahora mismo el corazón.

* * *

No obstante todo lo dicho anteriormente, es probable que yo no hubiese tocado este asunto a no ser por la afirmación de un empleado de BUEN HUMOR que el otro día osó decir en mi presencia que su señora suegra le guisaba unas lentejas prodigiosas, le cosía los calzoncillos que era una



Dib. PÉREZ MUÑOZ.—Madrid.

—Hombre, no me explico cómo eres tan sucio siendo tan menudo. Si fueras como yo, que tuvieras más que lavar....

obra de arte romano, y le daba un beso el día de su cumpleaños. Y como yo le preguntase si a las lentejas las echaba veneno ó simplemente jalapa, si al coser los calzoncillos se dejaba olvidada la aguja en la trasera y si al darle el beso onomástico procuraba morderle en la nuez al mismo tiempo, el empleado preopinante se enfadó un poco y me dijo que su madre política era un ángel.

Volví a preguntarle si era un ángel exterminador, que era lo único que me parecía lógico y fidedigno y ya el empleado se molestó del todo y tuvimos unas palabras, de resultas de las cuales él no me habla y yo no le contesto.

Pero, ¡claro!, esto no podía quedar así y fui a quejarme al Director de este semanario; y al referirle los hechos y al repetirle el elogio que de su suegra había hecho el exagerado funcionario de la casa, el amable Director sentenció el pleito de esta forma:

—¡Que le digan a ese empleado que no se venga con cuentos!...

Y estas palabras fueron para mí un cegador rayo de luz. Si el empleado venía con un cuento, yo, como colaborador del periódico, tenía un derecho más categórico a venir con otro cuento.

Y, en vista de eso, me puse a hacer fuerzas y me salió un cuento mucho más nuevo y, sobre todo, con mucho más sentido común que el del empleado.

Cuyo cuento es el siguiente, con permiso de ustedes.

* * *

Celedonio Bofarull y Rocafull era un anarquista catalán de lo más feroz y de lo más malhumorado que se paseaba por Barcelona en aquéllos tiempos tan pretéritos como calamitosos en que no se oían más palabras que bomba va, bomba viene, "Bomba" torea esta tarde y déme usted medio kilo de arroz bomba, que voy a hacer una paella y tengo invitado a Lerroux...

Bofarull y Rocafull era anarquista (lo había dicho ya, ¿verdad?) y todo su afán era destruir, demoler, derribar, pulverizar, anonadar y hacer cisco todo lo existente. Era ateo y misántropo, que es como decir enemigo de Dios y enemigo de todo dios; no trabajaba por no servir al capital, y por que le gustaba mucho más darse paseos higiénicos al sol (y a la luna

y a las estrellas y a todo el sistema planetario); era, en fin, un convencido, un iluminado, un apóstol, un mártir y un sinvergüenza, que en el anarquismo todo es compatible.

Desde luego Celedonio no había matado a nadie, ni había colocado un triste petardo a la vera de un kiosco de necesidad, ni siquiera había dado un grito sedicioso los días que estaba borracho, pero en el fondo de su complicado espíritu latía el asesino, el petardista y el gritador escandaloso; latía el miserable ácrata, latía el protervo nihilista, latía el socio sin entrañas y latía el tío sin sentimientos: sí, señores, latía ese tío, y perdonen ustedes el benevolencia familiar en que me he metido por pretender escribir con claridad.

Pero Celedonio Bofarull y Rocafull, además de anarquista, era joven y no mal parecido, y un día en que se paseaba por la Rambla con más energía que otras veces, fué atibado por una chica chalequera, ampurdanesa y guapetona, que se mochalizó por sus hechuras y le hizo un gracioso guiño como dándole a entender: "me sería muy agradable que me pidiesen algo"...

Y al bestia de Bofarull y Rocafull se le ocurrió pedir lo peor, que era la mano... Y aunque acabo de decir que lo peor era la mano, rectifico apresuradamente por que lo peor fué la suegra, que sobrevino sin saber cómo, que es como sobrevienen casi todas las suegras en esta vida perra.

No intentaré describir aquí el fenómeno de señora que cayó sobre el infeliz Celedonio en calidad de madre política. Eso lo podría hacer un Shakespeare, que era un hacha para las tragedias, o un verdugo de cualquier provincia, acostumbrado a tratar delincuentes empedernidos... Yo no puedo materialmente... Sólo tengo fuerzas para decir que a Bofarull y Rocafull se le acabó el anarquismo, la criminalidad, los paseos higiénicos y la admiración por Carlos Marx, que se convirtió en una birra constantemente lesionada y que así estuvo treinta años, durante los cuales resolvió un problema incomprensible para cualquier economista educado: no trabajar ni una hora y cobrar todos los días, incluso los festivos...

Aunque a ustedes les asombre, al cabo de esos treinta años falleció la suegra... En el mundo se dan imposibles a veces...

Y Celedonio fué feliz, pero sólo

unos momentos... Porque, al meditar que él había sido un ateo y un infame y que su suegra había sido tan criminal y tan foragida como él, pensó por primera vez en que podría ser verdad que el Infierno existiera y que él y su respetable madre política volvieran a encontrarse en el terrible antro.

Y se propuso evitarlo, fuese como fuese, a costa de la contrición más estupenda, del arrepentimiento más disforme y del "yo pequé" más desafortunado.

Celedonio Bofarull y Rocafull empezó a ir a misa con fervor horroroso, confesóse con pesadez, comulgó a diario, llenó de perras gordas todos los cepillos, socorrió a todos los conventos, coadyuvó a todas las obras pías, hizo lo necesario, y tres más, por caer en la gracia del Señor, y al final se consideró dichoso: era imposible que fuese al Infierno... No volvería a ver más a su suegra, que sin remisión estaba tostándose a fuego lento en el seno de Satanás, en pago de las muchas y gordas que había hecho en este mundo.

Y, con tan risueña esperanza, murió también Celedonio un día...

Y subió al Cielo, ¡cómo no!...

Y ante las áureas puertas tuvo una breve conversación con San Pedro, al que quiso hacer partícipe de la felicidad que le embargaba:

—Perdona, Pedro hermano, que un goce más terreno que celestial, me invada al penetrar en estas regiones. ¡Pero es que me veo libre de mi suegra para la eternidad y eso me desopila de gusto!

—¡Ah, hijo!—respondió San Pedro.—¡Tu suegra está aquí!...

Al oír esto, Celedonio no se murió de repente, por que ya lo estaba.

—¡¡Cómo!! ¡Pero esa mujer ha entrado aquí?... ¡Y tú la has dejado pasar?...

Y a esto respondió el santo:

—¡Ay, hijo mío! ¡Cualquiera no la dejaba! ¡Tú no sabes como venía! ¡Daba miedo!...

* * *

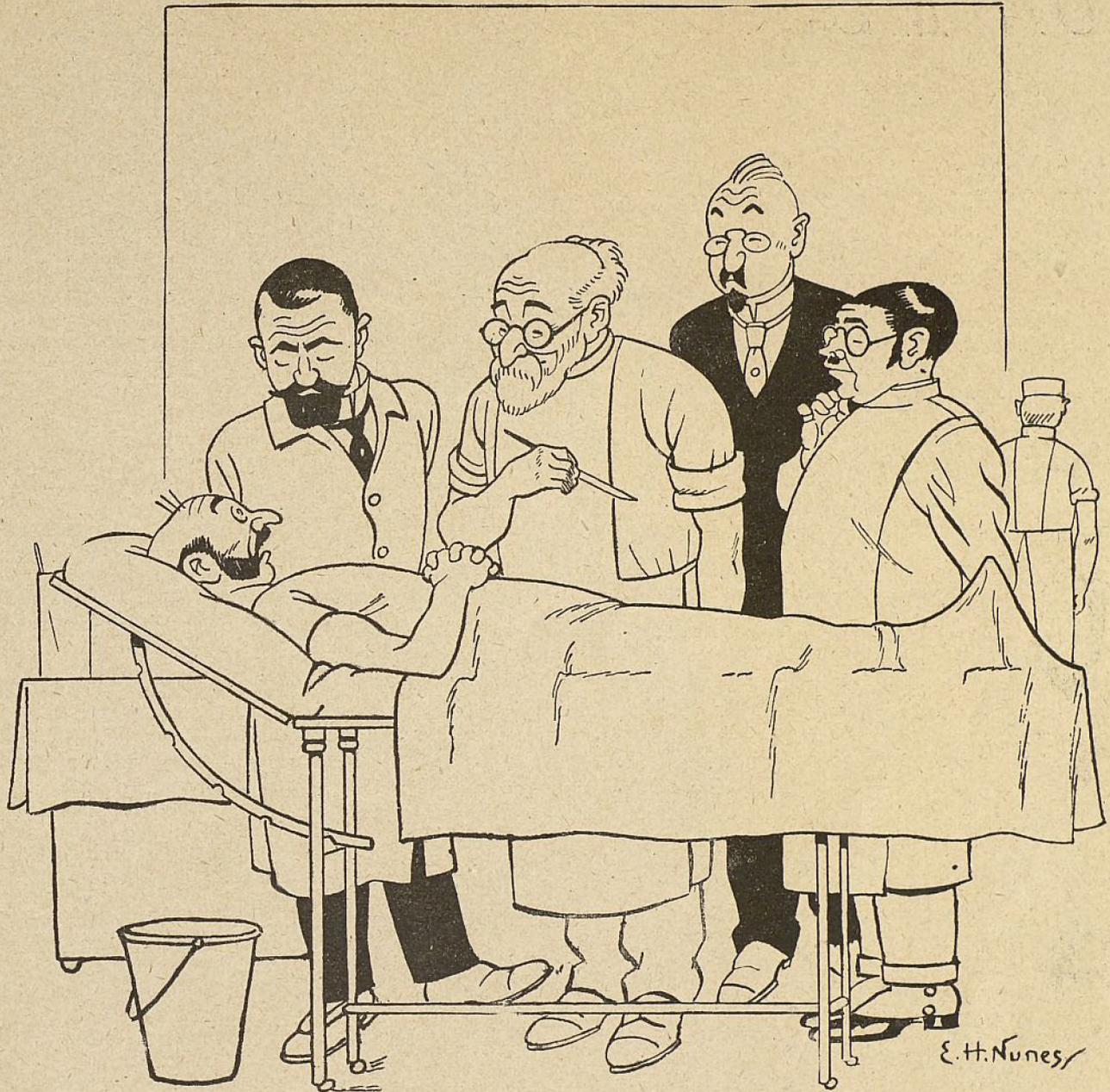
Como verán ustedes el cuento es una cosa seria de horrible.

Menos mal que es un cuento.

Pero ahora me da miedo haberlo contado, porque si alguna suegra encuentra el camino del Cielo, es probable que acabe siendo verdad.

¡Y si eso fuera posible, clamaría al Cielo, señores!

ERNESTO POLO



Dib. NUNES.—Cruz Quebrada.—Portugal.

—¿Y cuánto me va a importar esta operación, señor doctor?

—No se preocupe usted de eso; ya me entenderé con sus herederos.

UN MUSICO DE CORAZON

*Para la Orquestina Jazz Alhambra,
con admiración y cariño*

I

Aquel hombre había nacido músico... Su alma era como una oquedad grande en la que encontraba resonancia cualquier murmullo armonioso y su cuerpo como un trenzado de hilos eléctricos obedientes tan sólo al fluído de una melodía.

Sus primeros vagidos fueron verdaderas canciones nostálgicas, cuyo estribillo era un continuo suspirar romántico. El niño músico no se ador-

meía sino al arrullo de una voz delicada y de una música bella. Los tarareos conque las madres duermen a sus hijos, producían en él un efecto desastroso, mostrado en revuelos de las piernecitas prisioneras entre las mantillas y en crispaciones de los puños sonrosados y blandos.

Luego, durante los años del desarrollo, pudo advertirse mejor esta condición de su espíritu. El niño músico se extasiaba con cualquier música y huía del silencio como si su alma se ahogase en él.

—Será un admirable director de

orquesta—decía la familia al sorprender los movimientos con que el niño ritmaba los discos del gramófono.

II

El corazón de aquel hombre seguía inerte, con sus palpitaciones, e incluso compás de toda música. Los movimientos del sistema y diástole se correspondían, haciéndose más acelerados o más lentos, con el ritmo musical.

Pensando en su corazón, se dijo una vez: —Parece que me he tragado un metrónomo y que lo tengo aquí dentro, siempre en marcha.

III

Tuvo que consultar a un médico. Sentía grandes molestias: opresiones en el pecho, ahogos repentinos, debilidad en todo el cuerpo... Y tras de un reconocimiento minucioso, tras de media hora de aplicar la oreja fría a su pecho y a su espalda, como si adentro hubiese un ruido de icieso, pero casi imperceptible, escuchó el diagnóstico:

—Ese corazón funciona mal; a veces se agita como si fuera a estallar y a veces tiene la pausa y la poca energía de un órgano que se muere. Debe usted huir de las emociones fuertes, de la bebida, del excesivo ejercicio... Una vida reposada y curará usted.

Pero el enfermo habló largamente de su corazón músico y el médico tuvo que dictaminar de nuevo:

—¡Ya! Entonces... le conviene a usted escuchar músicas lentas: valsos pausados, pavanos, tangos... Nada de músicas dislocadas. Sólo músicas románticas. Eso le curará. ¿Usted es músico?

—No, señor; de corazón nada más. No conozco ni una nota del pentagrama.

—Entonces le será fácil curarse. Siga mis indicaciones.

El músico de corazón inclinó la cabeza asintiendo.

IV

Aquella falta de previsión puso un epílogo anticipado a su existencia...

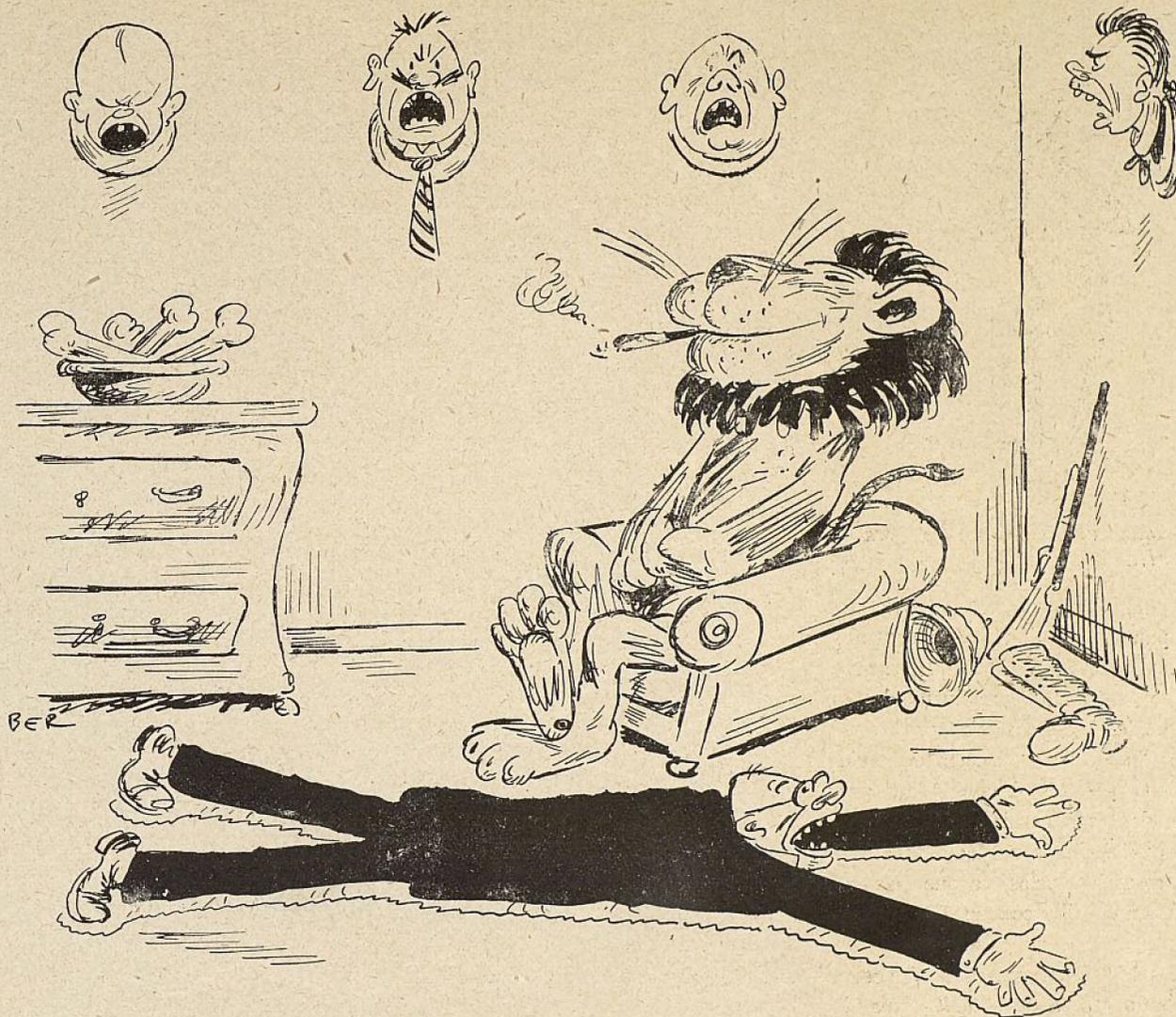


Dib. FERRER.—Madrid.

—Venimos a alquilar un caballo.

—¿Como le quiere, inglés, francés o árabe?

—Mine usted... dénoslo larguito, que vamos a ir cinco.



Dib. BERGSTROM.—Niza.

LA CASA DEL SEÑOR LEON

El músico de corazón frecuentaba la casa de unos amigos que, un día por semana, abrían sus puertas a los conocidos para obsequiarles con una taza de té, unas pastas y un poco de música. Asistía a las reuniones con fiado, creyendo con ello seguir el régimen que le impusiera el doctor. En aquellas veladas se rendía culto a la música antigua y romántica. El piano, el barnizado ataúd de las notas, no interpretaba sino lánguidas melodías, canzonettas de una alegría suave, quejumbrosos nocturnos, valsos lentos, de años pretéritos... La estancia se llenaba de un perfume viejo, un poco débil, de abanico antiguo conservado

mucho tiempo en su estuche de sándalo.

A los acordes de aquellas ejecuciones, el músico de corazón sentía normalizarse su organismo con un isócrono y pausado golpear dentro del pecho.

Hasta que un día, unas manos desconocidas, arrancaron del piano una escala fugaz, rapidísima, seguida de unas notas alegres, de una vivacidad loca...

Y el músico de corazón advirtió que dentro de él, el metrónomo vivo se agitaba violentamente y que una angustia infinita le invadía.

—¡Va a estallar!... ¡Voy a morir-

me!...—se dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho trepidante.

Música moderna, música inglesa... En aquel momento, las manos de dedos ágiles, epilépticos, se elevaron sobre el teclado haciendo un compás de espera, dos compases de espera, tres compases de espera... El músico de corazón sintió cómo su órgano, siempre siguiendo a la música, hacía también unos compases de espera y se paralizaba... Fueron demasiados compases; al tercero abrió los ojos, volteó los brazos y cayó al suelo produciendo un sonido grave solemne, un primer sonido de marcha fúnebre...

JOSE SANTUGINI

Mi debut como ladrón



—Aquel dolor de muelas ¡era la locura!...

Cuando descubrí que yo había nacido para rata de hotel me encontraba en Londres, convaleciente del sarampión y suntuosamente instalado en uno de los mejores *Palaces*.

Los huéspedes, comenzando naturalmente por mí, éramos todas personas de tanta consideración y prestigio que el dueño no tenía necesidad de encerar los suelos, ya que nosotros le dábamos brillo con nuestra presencia.

La mañana en que hice el descubrimiento estaba en el *hall*, tomando un refresco de grosella con picatostes, cuando de pronto, la idea de dedicarme a rata de hotel penetró en mi cerebro con la impetuosidad de un huracán o la violencia de un cochero de punto a quien no se le da propina.

Evidentemente yo tenía aptitudes para llegar a ser un buen ladrón. ¿Por qué, pues, no sentar de una vez la cabeza y dedicarme a algo que me permitiera atender a mis necesidades, librando así a mis padres del disgusto de verme sin porvenir y de tener que alimentarme? Dicho y hecho; sería ladrón, pero, ¿qué clase de ladrón? ¿Carterista, descuidero, rata de hotel, ladrón de trenes?... Mi incertidumbre era grande. ¿Por qué no consultárse-

lo a mi padre?—pensé—Acto seguido le escribí y pocos días más tarde tuve noticias suyas, en que manifestaba su creencia de que los ratas de hotel eran la legión de honor de los ladrones.

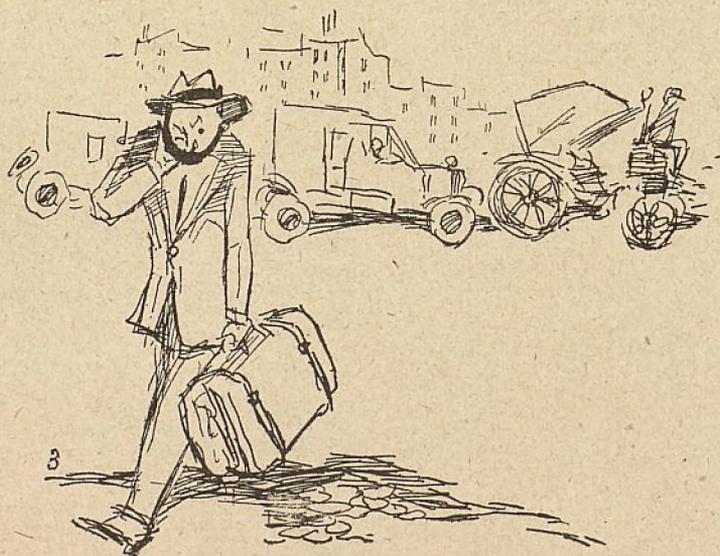
La opinión de mi padre era sensata y decidí seguirla. Me sedujo además el uniforme a lo *Fantomas* entrevistado rápidamente a la luz de la pantalla de un "cine" o en la portada de un

folletín detectivesco. Tengo un tipo bastante aceptable y la seguridad de que una malla negra serviría para estilizármelo, acabó de convencerme.

No lo pensé más. Decididamente había que lanzarse; cuanto antes mejor. Consulté en la guía de teléfonos una tienda donde poder comprarme el traje que necesitaba para empezar a trabajar, y una vez encontrada, di su dirección a un *axis*.



..... y aprovechando un viaje de precisión a la capital, pensé en el dentista.....



¡¡Qué largo es el camino!! ¡¡Odontólogo de mi vida!!



...y pensando en el dentista, entre el dolor y el
vacío...



...quedé traspuesto...

—Calle del Rajah González, número 865.

El auto arrancó violentamente y, poco después, fué a detenerse ante un establecimiento atestado de parroquianos cuyos rostros inspiraban poca confianza. El dueño de la tienda vino hasta mí y, muy amablemente, me preguntó lo que deseaba.

—Un traje de rata de hotel—dije.

—¿Hecho o a la medida?

—Hecho; me corre mucha prisa.

El comerciante dirigióse a un armario y sacó uno. Estaba completo: traje de malla, antifaz de cretona, zapatillas de orillo y gorra de marinero.

No me pareció feo y me dispuse a probármelo.

—Seguramente le estará como a la medida: en cuanto a la bondad del género me figuro que, como casi todos los ladrones de la población, quedará usted parroquiano. Si no le gusta me lo devuelve. Esta es una casa muy seria.

Me despojé de mi traje y rápidamente me puse el de Fantomas. Puesto el antifaz y con una linterna de bolsillo en la mano, me contemplé en el espejo y no pude menos de sonreír halagado en mi amor propio. Verdaderamente estaba guapísimo. La gorra de marinero me sentaba a las mil maravillas.

Rememoré a la vista de mi uniforme la carrera que me esperaba y me sentí más firme que nunca en mi vocación. ¡Pensar que dentro de poco hablaría de mí la prensa del mundo como de un personaje legendario! Me volvieron a la realidad unas palmaditas del comerciante.

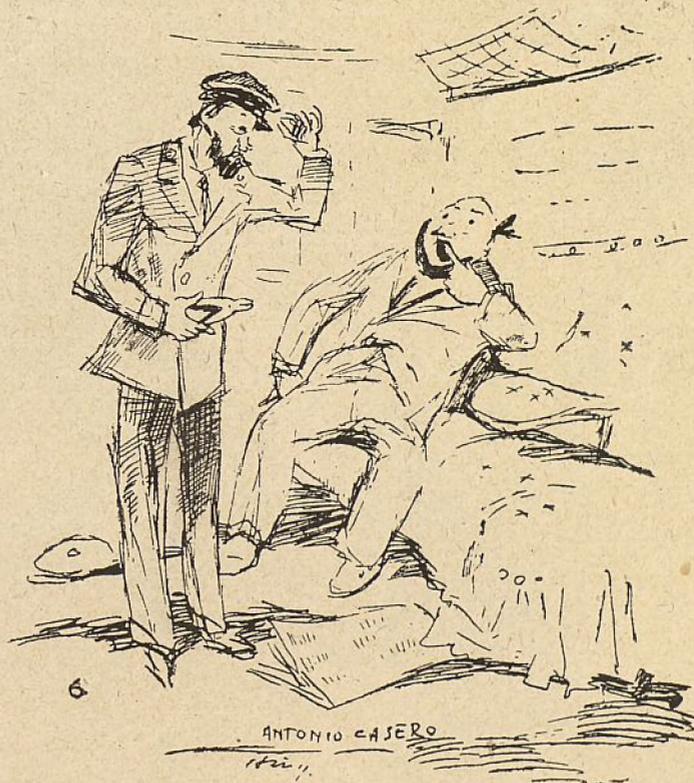
—Se lo lleva, ¿verdad?...

—Sí; voy a quitármelo para que me lo envuelva. Póngame lo menos posible, ya que ladrones como yo honran el establecimiento.

Me despojé del traje Fantomas y fuí a ponerme el mío. Pero ya no lo encontré. Lo había dejado encima del mostrador, cuando me fuí a probar el otro, y algún "querido compañero" huyó con él.

Fué un rudo golpe que me hizo desistir de mi vocación. Así debió comprenderlo mi padre cuando a los pocos días me escribió diciéndome que me preparase a hacer oposiciones...

MANUEL LAZARO



—Aquí, sí: la segunda de la derecha.

Dib. A. CASERO.—Madrid.

RAMONISMO

EL CONOCEDOR DE SANDIAS Y MELONES

Este hombre que se precia de conocer las sandías y los melones, gracias a sus sandías manipulaciones de fakir, llega a merecer de sus amigos un trato especial.

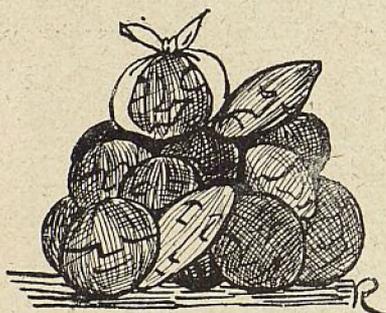
El portero de su casa dice en voz baja a los que contertulian con él cuando el "conocedor" sale a la calle:

—Sabe conocer si un melón o una sandía son buenos como no hay otro.

—¡Ah!—exclama admirado el contertulio ladeado de la portería.

El conocedor o experto de la melonamia camina orgulloso por las calles creyéndose zahorí importantísimo.

Melón bajo su sombrero melón se cree el gran ausecultador de los me-



lones. Melón que él toma en sus manos melón que le revela su secreto.

El conocedor es temido en las Vistillas, pues es como inspector de melones y sandías que hace sufrir a todas las municiones en busca de la pieza ideal.

El conocedor se encucilla frente a los polvorines de la melonería y de la sardianguería. Primero sospecha la sandía, como gimnasta que hace filigranas con la bola de cien kilos; después la da unos capones percusivos; después la escucha como "radio aficionado" a confesor que tuerce el gesto y, por fin, la rechaza descontento, como si la declaración hubiera sido sospechosa.

El conocedor aprieta a la sandía



sin alafia, como prensándola entre sus manos, como si quisiera producirla una catástrofe interior, desmoronando su gruta rosa.

El inquisidor de sandías y melones las da tormento para que proclamen la verdad, para que hagan su última confesión, para que digan si son esmáticas de coral blanco u ortodoxas de coral rojizo.

Los melones hacen sufrir menos al experto, pero también los aplasta como en el Perú se hace con la cabeza de las que habían de ser mamaconas y habían de tener la cabeza en punta de lanzadera. Los melones



ascéticos y con su lado pálido de haber estado contra la tierra en la sombra entregan más pronto su secreto de madurez o calabacería.

La mujer del experto le recomienda siempre que la lleve un par de sandías de las que él sólo conoce y por eso no encarga a la criada, incapaz de comprender esa astronomía sigilosa por la que se conoce si es perfumado y dulce el interior de los misteriosos cabezudos.

—Nunca se equivoca..., sandía que él elija es una delicia—repite su esposa en las tertulias, y todas las señoras quisieran encargarle una de aquellas compoteras naturales.



El conocedor portugués es más terrible que el español y con hazaña de mozo de forcado, aprieta a las allí llamadas melancias con violencia de estranguladores.

Después de uno de esos forzudos reconocimientos quedan las pobres sandías, melancias o melones de pronóstico reservado, quebrantados, con tan verdadero dolor de muelas que requieren el pañuelo comprensor que arrejunta otra vez los raigones desvenecijados por culpa del desvarajustador de melones, sandías o melancias con saña de trepanador.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)



Dib. RAMIREZ.—Madrid.

—¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Que me arrancan la piel!

¡QUE REMEDIO!

Si para hacer el mundo me hubiesen encargado a mí el proyecto, habría establecido algunas normas distintas de las que hoy están rigiendo.

¿Acaso no sería mucho más provechoso, por ejemplo, que el sol nos alumbrara por la noche ahorrándonos bombillas y serenos?

Yo haría que las copas de los árboles nos brindasen Champán, Rioja y Burdeos; que se sintiera grato fresco en julio y calor en enero; que lloviesen hogazas y perniles (más con paracaídas, por supuesto); que a quien le apeteciese un automóvil no tuviera que hacer más que cogerlo como se cogen moras en el campo o se coge un catarro en el invierno; que fuera obligatorio consagrar diez y seis horas al sueño, cuatro a comer, beber y viceversa, dos a cines, teatros y recreos, y las otras dos horas restantes, dedicarlas al paseo

entre un grupo de amigos con quienes hablar mal del orbe entero.

En ese plan fantástico hubiera consignado, desde luego, que nadie se muriera hasta cumplir cien años por lo menos, y no de enfermedad ni de accidente, sino por turno u orden alfabético (reservándome entonces el llamarme Zacarias, Zenón o Zebedeo); y aun quizá exigiera que poco antes del fallecimiento (cada cual presentara veinte hijos, para tener derecho de ese modo a la gratificación que para tales casos se ha dispuesto.

Entre otras gollerías, hubiera yo también hallado medio de crear, combinando ondas hertzianas, rayos X, neuronas, radio y helio, una máquina tal que a quien quisiera escribir prosa o verso, bien una simple carta de cumplido, bien el más peñagudo documento, le bastara oprimir una teclita expresando, indolente, su deseo, para que el aparato lo escribiese del modo más perfecto, lo firmara además, para evitarle tal quehacer a su dueño, lo metiera en un sobre (no al dueño, sino al pliego) y, tras de dirigirlo y franquearlo, lo llevase al correo.

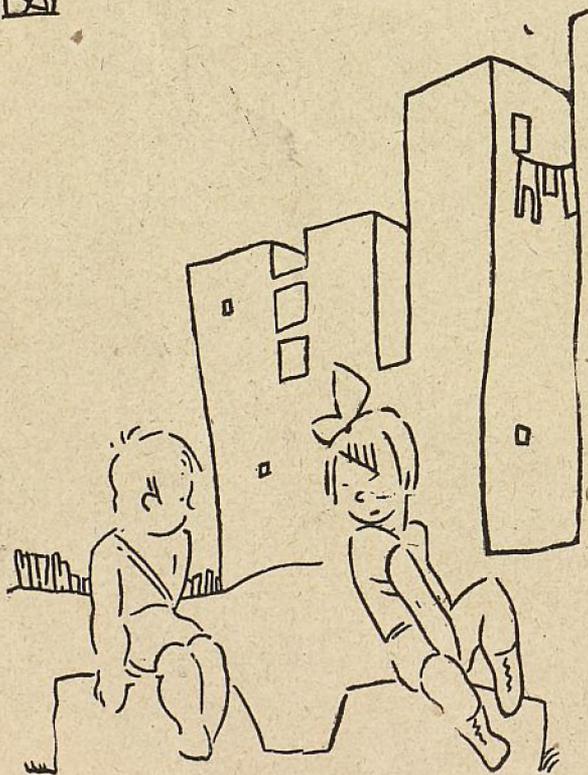
Eso y más propondría de haberseme encargado aquel proyecto; pero como las cosas ya no tienen arreglo porque cuando nació vi, con sorpresa, que todo estaba hecho, no queda otro recurso que apechugar con ello, aglutir con paciencia el vil cocido, ejercer el derecho al pataleo, reclamar contra todo lo existente y tirar de la vida con esfuerzo tragando mucha bilis, o bien disimular nuestro mal genio diciendo cuatro chistes fusilables con risa de conejo.

¡Así nos luce la guedeja undosa y así estoy yo de flaco y macilento...!

NOTA.—Me pesé ayer, y no me explico cómo fué que la báscula ha arrojado —a pesar de no haberme mareado— noventa y tres kilogramos y pico: ¿A ustedes les parezco tan pesado...? ¿Sí...? Pues punto final; firmo, y rubrico.

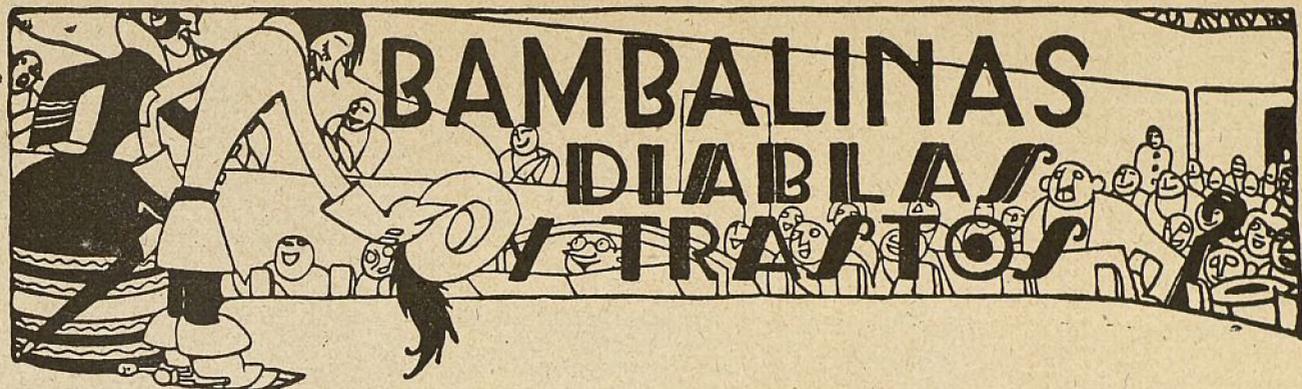
MIGUEL A. CALVO ROSELLO

BAI



Dib. BAI.—Madrid.

—¿Y cómo dices que Luisito es hermano tuyo de leche, si él se crió en Barcelona y tú en Sevilla?
—¡Porque nos criaron con leche condensada!...



En el Reina Victoria.—“Lo que ellas quieren”.

El Señor Don Federico Oliver ha tenido, al escribir la comedia del Reina Victoria, dos aspiraciones; por lo menos, dos: una, presentar una comedia que emocione y que distraiga juntamente. Lo ha conseguido, desde luego, con aciertos de autor ducho en su oficio. Otra, demostrar que en este mundo los hombres hacen, y hasta son, lo que ellas quieren.

¿Lo demostró?

Dicen unos que sí y otros que no. Dicen que sí todos aquellos para quienes semejante tesis no necesita demostración de ningún género por ser, desde el Edén paradisíaco, una verdad axiomática y tan grande como un manzano. Adán tuvo en sus tiempos que sudar el quilo de tinta porque a Eva se la puso en las narices—pongamos por facción—que él hiciera lo que ella quería, y Adán tuvo que pagar las consecuencias porque hizo lo que ella quería, sin haber conseguido *evadirse*, o sea *dirse de Eva*, según la etimología, o la etimología es una filfa.

“Si tu mujer—o “cualquier mujer, aunque sea del vecino”, podríamos añadir perfectamente— se empeña en que te tires por el balcón, pídele a Dios que sea bajo”. Así reza el dicho popular, lo cual prueba igualmente que viene ya de antiguo la creencia de que las mujeres hacen de uno—y a veces de dos—lo que ellas quieren.

No faltará quien tache el dicho anterior de exagerado, pues las mujeres no suelen, por lo general, empeñarse en que nos tiremos por el balcón; suelen contentarse muchas veces con tirar la casa por la ventana. Pero es igual, para el caso. Todo se reduce a prescindir del detalle de que la mujer se empeña precisamente en que nos tiremos o no por el balcón y dejarlo reducido a lo del empeño a secas. El axioma entonces se formulará de este

modo: “Si la mujer se empeña, el hombre se empeña”, lo cual sigue estando dentro, en absoluto, de la tesis del señor Oliver.



Dib. KUKULÉ.—Madrid.

SEÑOR.—¿Quién es ese paje osado que osa abrazar a mi esposa, y ella, en cuello y mejillas, deja besarse gustosa?

BUFÓN.—Es, señor, vuestra hija Eligia La que a Madrid se partiera, que ha tornado a su castillo vestida de niña “pera”...

Ahora bien (o ahora mal), se dan muchos casos en que la mujer tira la casa por la ventana con el exclusivo objeto de que recoja los efectos arrojados y se los lleve en un carro de mudanzas algún socio industrial que le pasea la calle y que la pasea el bastón por las costillas hasta que le obsequie ella con alguna dádiva en moneda o en especies.

Estos casos hacen pensar que no siempre hacen los hombres lo que ellos quieren sino que a veces son ellas las que mandan y las que se salen con la suya... y con la ajena. Unos, pues, hacen lo que ellas quieren y otros quieren lo que ellas hacen. El axioma anterior tiene, según esto, que modificarse de nuevo y decir: "Si una mujer se empeña y tú te empeñas, pide al cielo que siquiera no haya otro que se lleve las papeletas". Porque se dan casos.

"Son casos—nos diría el señor Oliver—de coacción; de apachismo; no

de enamoramiento. Y yo digo en mi comedia que el hombre acaba por acomodar su alma al alma de la mujer que le enamora".

Y es verdad, sin duda alguna. Pero también es verdad la recíproca: la de que la mujer acomoda su alma al alma del hombre que adora.

Sin embargo, ¿podrán llegar a tanto ellas o ellos que conviertan, como vemos en la comedia, en gitano cañí a un asturiano y en asturiano a un andaluz? No sabemos, pero sería cosa de estudiarlo porque puede ser una manera de resolver el problema del regionalismo. Nosotros tememos, sin embargo, que haya que hacerle la cruz á ese cruce. Un asturiano tomando la fabada en botijo y arrancándose por soleares en la gaita puede ser algo alarmante. Váyase con tiento porque el sombrero ancho en un asturiano puede venir demasiado ancho.

A Santiago Artigas no le sienta mal;

pero sea de esto lo que quiera, la cuestión es que en la obra del señor Oliver hay, además y aparte de las demostraciones, una comedia con muy felices aciertos.

Hay personajes que dicen hablando de un hombre débil y sobre todo apasionado que está a punto de decidirse a cometer una vileza pero sin acabar de decidirse todavía:

—Si lo ha decidido ya en su pensamiento, él hará que lo arremate.

Y la misma persona añade en otra ocasión,

—¿Una mala idea? Pues ¡déjala dormir en el pensamiento! A fuerza de considerarlo malo, lo malo resulta bueno.

Son frases, ambas, que bastan por sí solas para hacer evidente y vivo el proceso que ha de seguir la intención de las palabras en lo íntimo de las almas.

Frases de ese género son las que demuestran lo único que un autor dramático necesita demostrar, que es autor de veras.

En la Latina.—"El Solar".

El drama del señor Lorente *El Solar*, estrenado por Francisco Moranc en el teatro de la Latina, es un retruécano dramático. Un gran señor derrochó sus caudales e hipotecó el solar de los mayores a un usurero miserable que va soltando guita con la secreta y malévola esperanza de tirar de la punta cuando la guita está liada al cuello del señor y estrangularlo. Quiere, ante todo, quedarse con la casa solariega de los que fueron sus amos y señores. No quiere dinero para hacerse otra casa igual; quiere aquella; el criado de la casa entrará en la casa de señor y el solar de los señores será suyo. El viejo arruinado, en vista de eso, como está a dos velas, coge una de ellas, la coloca en una palmatoria, la enciende y, cuando nosotros nos tenemos que ir, como es natural, exclamamos que vaya a exclamar como en aquella obra famosa, "y ahora, ¡a obrar!", se calla y prende fuego a la casa solariega por doce sitios diferentes: el pajar, el establo, y el cuarto de los cohetes, a juzgar por los estampidos con que acaba la obra. El noble pensó, sin duda, "¿No quieren el solar? Pues ¡ahí lo tienen!"

En el Lyceum.—Club femenino español.

Aunque la inauguración de un Club de damas no pertenezca a la Sección de teatros sí pertenece a la Sección de



Dib. PERALS.—Madrid.

—¡Hay que ver mis abuelos, los pobres, qué trajes usaban...! (Música de Guerrero.)



Dib. PACHIN.—Gijón.

Ella.—¡Tú no me quieres!
 —¡No digas eso! Si yo no te quisiera: ¿me quedaría aquí todas las noches a fastidiarme contigo?

Espectáculos. Por eso damos en este sitio cuenta del té que nos ofrecieron hace pocas tardes a los más o menos críticos de arte, las señoras del nuevo Club femenino con motivo de su reciente fundación y de la instalación en su domicilio de una exposición de las dos hijas de Joaquín Sorolla.

LYCEUM.—*Club femenino español*.—dice el membrete de la galante invitación que recibimos. *Lyceum*: latín. *Femenino*: derivación erudita del latín. *Club*: inglés. *Español*: 25 %. Quien vaya al Club femenino español en busca de proporciones, ya sabe la proporción que le espera.

Las *clubwomen* poseen varias lenguas. Eso les honra. El peligro no está en la pluralidad de las lenguas, está en su lealtad.

El local es grato, acogedor, elegante, sin grandes aparatósidades; muy simpático el saloncito de té; muy entonado en "armonía topo", elegante y apagado, encalmador, para hablar en voz baja, el salón de tertulia, envuelto todo él en la luz indirecta, difusa, de sus múltiples bombillas invisibles, repartidas y recatadas tras de las cornisas del techo.

La Exposición de las señoritas de Sorolla—pintora una de ellas y escultora la otra—muy linda, muy grata y doblemente grata por el hecho de ver que continúa unido al nombre glorioso la afición y el culto al arte.

El té fué servido con exquisita amabilidad. Nosotros, padeciendo *l'embarras de choix*. Nos dieron té con

plumcake. Cake, quiere decir bizcocho, lo cual no quiere decir nada; pero Plum, quiere decir "Pasa", lo cual quiere decir mucho, porque lo de cake, pase; pero lo de plum (pasa), nos recordaba que en la calle del mismo nombre está la Vicaría y que, de pronto, con el plum ¡cataplúm!, salíamos del Club con dirección al Vicariato. Claro que para esto era preciso una condición: que hubiera alguna dama en estado de merecer tan poco que se decidiera, con gran benevolencia, a dejarse conducir por nosotros al establecimiento citado. Pero era allí tan exquisita la cortesía de todos que uno se hacía ilusiones y nos parecía un pleonismo que nos ofrecieran mermelada. MANUEL ABRIL



—Quisiera sorprender a mi novio; ¿dame una idea!
 —Dile tu verdadera edad.

Dib. ULICA.—Madrid.

Información grafica de BUEN HUMOR



La señorita Tauina Tautova y el señor don Fédor Bolosky, corresponsal de BUEN HUMOR en Persia, que han contraído matrimonio. Retrato hecho a los esposos momentos después de verificarse su enlace y en el cual Fédor Bolosky aparece condecorado con la Gran Banda Municipal de Persia y con la Cruz de Caravaca, con que ha sido agraciado por su



Gobierno, como homenaje a la valentía que acaba de demostrar al contraer matrimonio con una mujer como Tauina Tautova.

Nota.—El novio, o sea el agraciado con las condecoraciones, es el que lleva bigote y el que se toca con la Banda. La otra persona, o sea la no agraciada, es la novia.



BERLIN. La señorita Eva Stiller acompañada de su padre el respetable magistrado de Postdam Austin Sttiller, uno de los más entusiastas partidarios del sistema de rejuvenecimiento por el método Woronoff y que acometido de una creciente ansia de juventud, se ha sometido a la citada operación ciento dieciseis veces.



Don Manuel Lázaro que, como habrán leído ustedes en la Prensa, asesinó la semana pasada a su padre y tres hermanos y que nos escribe una larga carta para que hagamos constar que no tiene nada que ver con el don Manuel Lázaro que colabora en estas columnas.



Instantánea obtenida por nuestro redactor gráfico señor Repérez y que muestra el trágico accidente ocurrido al tirarse desde el avión que hace la ravesía Castellón de la Plana-Calcuta, a nuestro infortunado amigo señor Barrientos y a su entrañable perro "Ricardito"; accidente a consecuencia del cual perdieron ambos la vida y que ha obligado a la Compañía a prohibir terminantemente a los viajeros apearse en marcha.

DEL BUEN HUMOR AJENO

CUENTOS JUDIOS, por RAYMOND GEIGER

“El Lusitania” acaba de ser torpedeado y está hundiéndose.

En el puente hay dos judíos y el uno llora. Entonces el otro le anima:

—Vamos, vamos, Salomón; ¿por qué lloras tanto? ¡Si no es tuyo!

Arahón en el lecho de muerte hace venir a sus hijos y les dice:

—Hijos míos: voy a morir; pero quiero antes haceros las últimas recomendaciones. Conducíos siempre como buenos judíos. No olvidéis nunca que nuestro destierro cesará el día del Mesías. Ya sabéis que llegado ese día los cristianos pasarán sobre un puente de hierro que se romperá y los judíos sobre un puente de papel que resistirá. Esto no tiene duda. Sin embargo, cuando llegue ese día, subíos en el puente de hierro.

Máyer va a casa de su amigo Oscar y lo encuentra sentado a su mesa con

FRICOT MASAGE. — Crema y líquido
Culis sano y fresco como una
rosa conseguirá con su uso.
F. Betrian. Hospital, 113. Barcelona

el dedo metido dentro de una jícara de agua.

—¿Qué haces?

—Muy sencillo; mi médico me ha mandado tomar baños, y estoy tratando de acostumbrarme.

La señora Bloch está dando a luz y como la cosa no marche todo lo bien que debía ir, la comadrona tiene una idea excelente; coge dos monedas de plata y las suena al tiempo que dice:

—Anda monín, que son para ti.

Y el parto se resolvió con toda felicidad.

Isaac y Lévy se encuentran en el frente ruso durante la pasada guerra europea. Como ambos se extrañen de encuentro, se explican:

—Yo me me enganchado en el ejército porque soy soltero y amo la guerra.

—Pues yo —dice el otro— me he enganchado por que soy casado y amo la paz.

Bloch y Blum quieren ver a un famoso banquero, pero el secretario de

éste les prohíbe la entrada á causa de lo sucios que van.

—Cambiad de camisa y entonces ya veremos—les dice.

Así lo hacen en cuanto bajan a la calle. Bloch se pone la camisa de Blum y éste la de Bloch.

Isaac y Moisés van en el ferrocarril a Moscú, en donde tienen que ultimar

RON BACARDI

unos negocios. Apenas se han echado a dormir son despertados por unas voces que les intiman:

—¡Arriba las manos!

Los viajeros obedecen asustadísimos al ver diez revólveres que les apuntan. Isaac tiembla horriblemente ante los ladrones. Moisés no tiembla menos. De repente, con una voz apagada, Moisés dice:

—¿Podría bajar las manos un momento? Me duelen tanto...

—Verdaderamente que este viejo judío resulta poco peligroso —dice el capitán de los ladrones que acaba concediendo el permiso.

Entonces Moisés saca de un bolsillo un billete de mil rublos y dirigiéndose a Isaac le dice:

—Mira Isaac; ahora que me acuer-

do: yo te debía mil rublos. Hélos aquí.

En el entierro de un rico, va confundido entre la comitiva un viejo judío que no cesa de llorar un momento. Todo el mundo se fija en él y en las muestras de duelo que hace, hasta que un conocido se le acerca y le dice:

—¡Pero hombre, no llores tanto!... ¡Si el muerto no era pariente tuyo!

—Ya lo sé; por eso es por lo que lloro.

Lévy y Bloch se encuentran en Telégrafos.

—¡Cómo por aquí! ¿Vienes a poner un telegrama?

—No; a llenar la estilográfica.

El comerciante Blum está en la agonía y sus hijos rodean el lecho.

—¿Estás aquí, Rebeca?—pregunta el moribundo.

—Sí, esposo; aquí estoy.

—¿Y tú, Sara, estás?

—También estoy, padre mío.

—¿Está también Isaac?

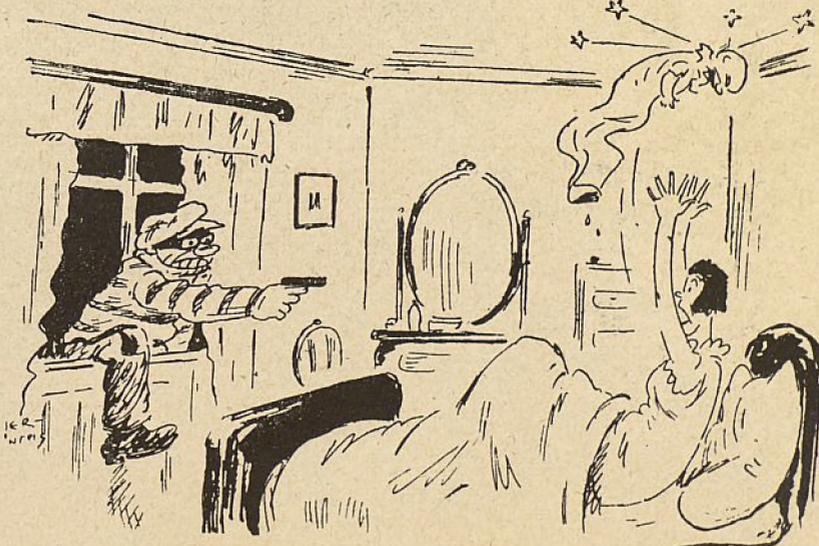
—Aquí me tienes papá.

—¿Y Bloch?

—Está a tu lado.

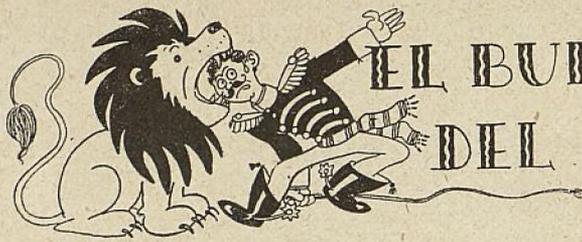
—Entonces, ¿quién se ha quedado en la tienda?

R. C. R.

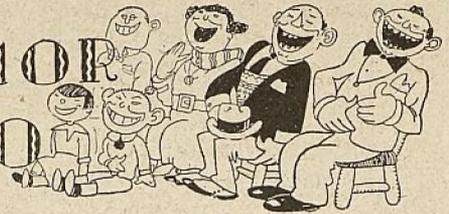


—¡Manos arriba!

De Soudaganisse Strix.—Stokolmo.



EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el «Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los Premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren, como autores de los mismos.

¿En qué se parecer una señora que va a misa y una locomotora?

En que la señora lleva velo y la locomotora lleva *velo-cidad*.

F. G. G.—Ceuta.

El colmo de un equilibrista. Decir que va a poner una academia de canto, y al dudarle un oyente, *sostener* lo dicho.

Sor.—Madrid.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Un paleta a quien habían concedido un permiso en el cuartel fué a Sevilla a ver la Giralda. La señora del conserje, que se encargó de acompañarle en la ascensión a la torre, estaba en estado interesante, pero con todo fatigóse mucho más el visitante y, cansado ya de subir sin ver el fin, preguntó a la acompañante:

—Bueno, señora, ¿pero falta mucho para que salgamos del paso?

A lo que respondió la señora: —Tres meses.

—¡Ah, pues entonces me vuel-

vo!—dijo el paleta—. ¡Yo no tengo permiso más que para quince días!

F. M.—Madrid.

Consulta de médicos. —El enfermo, además de la hepatitis virulenta, tiene un pul-

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

Un gitano enfermo del estómago va a consultar a un doctor en compañía de su mujer.

El doctor diagnostica:

—Tiene una gastro-enteritis-coleriforme.

La gitana, aterrada, se echa a llorar.

Y al día siguiente comenta el caso con las vecinas:

—¡Mi mario ze me muere! ¿Zabeiz lo que tié en el eztógamo?..

¡¡Un gato enterito con uniforme!!...

Bartolo.—Santander.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

so muy defectuoso. ¿Qué podríamos hacer para regularizar la circulación?

—¡Ah, distinguido colega!...

Para regularizar la circulación nada más indicado que un guardia de la porra!...

Calymene.—Santander.

El colmo de un abogado. Tener pendiente una causa, ver a una chica guapa, enamorarse y por ella perder el juicio....

Juan Balbás.—Barcelona.

Juraba a su novio una doncella que no sería jamás de ningún hombre, ni cristiano ni moro.

Poco después se casaba con un judío y, á los reproches de aquél, replicó indignada que no había faltado a su juramento...

Y tenía razón.

Nieves de Agosto.—Cercedilla.

—Por Navidad hice una hipoteca sobre el Ford y así estuvo mi despensa bien surtida de todo: carnes, conservas, mazapán, fruta... El primero de año hubo que reponerla; aquel angel mío comía y devoraba sin darle importancia al hecho... A todas horas murmuraba tiernamente a mi

oído: ¡Chico, qué hambre tengo!... Y, ya ves, a pesar de que sus lindos dientes siempre tuvieron cebo conmigo, a pesar de que la alimentaba bien, se fué...

—¿Con un tendero de comestibles, sin duda?

—¡No! ¡¡ Con un teniente de Intendencia!!

E. C.—Santander.

Examen de Gramática.

—Vamos a ver: si yo digo *Pedro come pasteles*, ¿dónde está el sujeto?

Piedad Otaola.

—¡Tenga usted lástima de un pobre ciego cargado de familia!

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—No lo sé, señor. ¡Como no veo...!

Benjamín López.—Madrid.

—Oye, mamá, ¿no le has dicho a la cocinera que cierre siempre con llave la despensa?

—Sí, hijito. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es porque ayer se dejó la despensa sin cerrar y, para darle una lección, me he comido

La Pasta con que el que escribe mata el microbio que vive en su boca, es menta y miel... Y es que la *Pasta de Orive* más que pasta es un pastel.

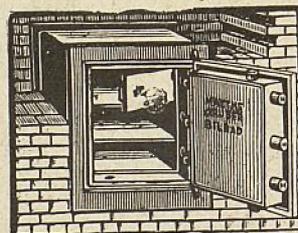
todos los pastelillos que quedaban...

Julio Fabiano.—Mérida.

¿En qué lugar se está más seguro contra las enfermedades?

En los seminarios, porque hay curas para todo.

El sargento Martínez.—Cádiz.



ARCAS INVISIBLES

Empotrada el arca en la pared, ésta queda lisa y sin salientes. La caja se puede tapar con el papel o la pintura del decorado y colocar encima un cuadro. Así quedará del todo oculta. Tengo estas cajas en muchos tamaños. Precios módicos.

Pedid catálogo á

MATTHS. GRUBER
Apartado 185, Bilbao

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA
BUEN HUMOR
EN CATALUÑA
Félix Verdún Daly
ROSELLO 402 BARCELONA

¿Cuál es el esposo de la cigarrera?

El tacabo, porque gracias a él salen los cigarrillos...

Eugenio Reyes.—Madrid.

Un individuo, en completo estado de embriaguez, se pone a evacuar una de sus necesidades en un portal.

El portero (*indignado*).—¡Indecente! ¿Se ha creído usted que esto es un *water-closet*?

El borracho (*muy digno*).—Ni lo será nunca con el genio que usted tiene.

Antonio Romero.—Sevilla.

El juez.—¡Diga la testigo la edad que tiene!

La solterona.—¡Pues yo..., señor juez..., cuento treinta y cinco años!

El juez.—¡Está bien, señora! ¡Ahora diga los años que no cuenta!

Fernando Salvo.—La Coruña.

El colmo del hijo de un funerario:

Sortear para soldado y entrar en caja.

Luneta.—Almería.

Preciábase un hombre de su gran fortaleza física y se indignaba de que no se le presentase ocasión de probarlo. Acertó a pasar por allí un joven estudiante y el hércules le sacudió un solemne puntapié. Se levanta el chico y compungido le dice:

—Pero, señor, ¿yo qué le he hecho a usted?

—Nada. Con que figúrate cómo te pondría yo el cuerpo si me hubieras hecho lo más mínimo...

Guzmán el Regular.—Santiago.

El presidente (*al reo*).—Acaba usted de oír la sentencia. ¿Tiene usted algo que añadir?

El reo.—¿Añadir? ¡Lo que yo desearía es quitar algo!

J. M. Conde.

Entre novios.

—Pero, Tatita, ¿qué te sucede en cuanto llegamos frente a tu casa ya no estás tranquila?

—¡Ay, Enrique, es que no te das cuenta de que eres muy nervioso y no te puedes estar quieto!

—¿Y eso qué tiene que ver para que no te quieras parar aquí?

—Es que mi casa tiene *mira-dores*...

Manuel Salgado García.—Madrid.

A un muchacho que tenía gran afición a la milicia, le preguntó su mamá:

—¿Y qué cuerpo es el que más te gusta?

—El de Aviación, porque se asciende muy a menudo.

Pedro Soria.—Madrid.

UNION COMERCIAL DE ACEBITES
Salgado y Compañía, S. A.
Compradores de aceites de oliva. Venta exclusiva al consumo interior de España
Oficinas: Reina, 45 dup., Madrid

¿En qué se parece una mujer que se cae en la calle y se estropea un brazo a una silla vieja?

En que en ambos casos se suele decir: *pobre-silla*...

José Aranda "Giralda".
Santander.

Escena conyugal.

El marido (*rebuscándose todos los bolsillos y enfureciéndose al no encontrar tabaco*).—O me das para tabaco o soy capaz de...

La mujer (*furirosa también*).—¿De qué? ¿De qué?

El marido.—De quitarme de fumar.

A. Macías.—Alhucemas.

Entre andaluces.

—Eztoy zeguro que lo que senan ezta noche en mi caza zon na má que vainaz.

—Compare, ¿y tié ozté convidaoz tan zinvergüenzaz?

—No digo ezo. Ez que a mi mujé l'ha dao ahora por poné judiaz toaz laz nochez...

María Soler Azpiolea.
Santander.

Un joven, con intención de suicidarse, llenó un cajón de pólvora, puso una mecha y, sentándose encima, iba a encenderla cuando fué sorprendido.

—¿Qué iba usted a hacer, desgraciado?

—¡A saltarme la tapa de los sesos!...

Antonino Quintana.—Melilla.

Discusión entre dos amigos, uno de los cuales tiene una sortija de oro en el dedo.

—El de la sortija.—Esta sortija es de platino.

El otro.—Yo veo que es de oro.

El de la sortija.—Pues yo te digo que es de platino.

El otro.—¡Pues es una cabezonada! ¿Por qué va a ser de platino si salta a la vista que es de oro?

El de la sortija.—¡Muy sencillo! ¡Porque como es mía, resulta que *pla ti no es!*...

J. M. del V.

—¿Cómo es que a tu hermana la llamáis Doró en lugar de Dorotea?

—Es que, como somos muy pobres, queremos ahorrarnos la tea.

Cleón.

El galán.—¿Por qué no me quiere usted por novio, hermosa Maruja?

Maruja.—Porque es usted muy calavera y yo quiero un hombre juicioso..., ¡un hombre que ande con pies de plomo!...

—El galán.—Pues como no se case usted con un buzo...

Antonio Balaguer.—Barcelona.

En la escuela.

El maestro.—El buen estudiante debe ser como un timbre eléctrico: se oprime el botón y suena; si se hace una pregunta, el alumno debe responder en seguida.

Un alumno.—Perdone, maestro. ¿Y si no hay corriente?

Luysín.—Estación Baeza.

HERNIAS
Bragueros científicamente
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Entre mecanógrafas.

—A mí no me gusta que el jefe se ponga la pluma detrás de la oreja. Siempre tengo miedo de que me arañe cuando me dice: ¡Buenos días!

Lord Kelvin.—Madrid.

¿Cuál es el colmo de un barrendero?

Llamarse *na-varro*.

Ferniet.—Madrid.

Examen de Geografía.

—¿A qué hora puede causar más desgracias el sol?

—Cuando sale.

—¿Por qué?

—Porque sale echando rayos.
M. D. J.—Avila.

En caso de que los animales vieran que andar calzados, ¿cuál tardaría más en descalzarse?

El ciempiés.

José Solana.—Alhucemas.

EL MEJOR JABON

Fabricado con aceite de orujo
SALGADO Y COMPAÑIA, S. A.
Oficinas: REINA, 45 duplicado
MADRID

¿Cuál es el tranvía de Madrid que menos peso tiene?

El que pasa por Barquillo y no lo aplasta.

J. R. Ferroviario.—Murcia

El marido.—Enriqueta, hoy vendrán muchos amigos por ser mi santo. Vé al perchero y quita de allí todos los paraguas que encuentres en él.

La mujer.—¿Temas que te los roben tus amigos?

El marido.—¿Lo que temo es que los reconozcan!

Vicente de Castro.
Puente de Vallecas.

Filosofía de un borracho a quien se le cae el sombrero:

—¡Te has caído al suelo, desgraciado!... ¡Tú querías que yo ahora te recogiese!... ¡Pero si te recojo, seré yo quien caiga!... ¡Y como tú no podrás levantarme...!

Y se marcha lanzando una tierna mirada sobre el sombrero.

Carlos de León.

Entre seminaristas.

—Yo voy a estudiar mucho para llegar a ser obispo.

—¡Chico, pocas aspiraciones tienes! ¡Yo pienso llegar a cardenal de un golpe!

Risca.—Málaga.

CUPON

correspondiente al núm. 261 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Zopenco. Valladolid.—Nos declaramos absolutamente conformes con la calificación que usted se adjudica en su seudónimo, que, además de ser justísima, nos evita el trabajo de buscar otra más dura y apropiada.

C. R. D. Játiba.

Lo de usted no nos agrada; pero, ¡vamos!, es que nada...

Bonache. Tarragona.

Amable señor Bonache: árbol se escribe sin hache.

El amolador.—Ya le dije a usted, no hace mucho, una cosa parecida a la que voy a decirle ahora, aunque ahora se la diré en verso para variar un poco.

Y la cosa es ésta:
Usted será amolador,
y puede que amolar suela
a algún amigo lector,
pero a mí usted no me amuela,
¡no, señor!

H. B. Ch. Madrid.—Usted nos acusa formalmente que tiene terminada una carrera y, si no

fuera por temor a ofenderle, le preguntaríamos si esa carrera la ha hecho usted con un coche colgado de sus espaldas...

Porque, amigo, con completa seriedad le juramos que si no es así como ha pasado enteramente, lo parece.

Mojensko Cádiz.—El llamar preciosa huri a esa individua nos parece una redundancia y el enviarnos a nosotros el artículo nos parece un abuso intolerable.

E. S. M. Madrid.—Queda admitido su cuento de Navidad, pero no para publicarlo en estas navidades que vienen, ni en las otras, ni en las otras, sino en las otras... ¿Nos comprende usted bien? ¡En las navidades del año 1929, queremos decir! ¡Si no le conviene la fecha avisenos, y renunciaremos a publicarlo, que es lo que nos parece mejor de todo!

E. V. A. Madrid.—Mire usted, compañero: ni con sonetos, ni con quintillas, ni con décimas inspiradas creemos que pueda usted conmover el frío corazón de esa señorita Clotilde que parece interesarle tanto. Estimamos, como hombres de experiencia, que con dos raciones de gambas y dos tercios de cerveza habría usted adelantado mucho más. ¿Por qué no prueba usted? ¡Pruebe. créanos, y en lugar de llamar a las musas, llame al camarero; y nos dejamos cortar el pelo y las uñas si la helada Clotilde no empieza a echar chispas y cae en sus brazos para siempre!...

O. F. M. Valencia.—Una pésima noticia, caballero prosista: *El automóvil verde* ha echado a correr hacia Cestona a la formidable velocidad de ciento ochenta kilómetros por hora, kilómetro más, minuto menos; pero de todas maneras, a estas horas ya habrá llegado, gracias a Dios.

F. R. San Sebastián.—Copiamos la frase final de su artículo porque nos sugiere un comentario que quizás le sea a usted conveniente.

Dice usted con cierta amargura y hondo pesimismo:

"En resumen: que cada día me siento peor..."

Y decimos nosotros:

¿Ha intentado usted averiguar si es por algo hemorroidal? ¡Porque a veces no es más que por eso, y se preocupa un tonantemente creyendo que es por otra cosa más grave!

C. C. C. Barcelona.—Aceptado. No deja de tener gracia. Enhorabuena.

M. P. E. Sevilla.—En el título de su cuento hay una lamentable injusticia, porque el cuento se titula *El morral del cazador* y, al acabar de leerlo, resulta que el morral es usted.

¡Sí, señor! ¡Y no solamente el morral, sino otra porción de cosas que no mencionamos por falta de espacio, porque es que el periódico es pequeño para meter todas las que se nos están ocurriendo en este crítico instante!

Gurrea. Madrid.

Para que el público vea lo borrico que es Gurrea, le diré que escribe *aremos, hespantoso, clabo, estremos* y una caga de galea.

Esto último suponemos que será una caja de jalea, y se nos ocurre pensar que si se la manda de aguinaldo a algún amigo en las próximas Pascuas y escribe eso en la tarjeta de ofrecimiento del obsequio, el amigo no abre la caja aunque le emplumen y no se la come aunque le amenacen seriamente todas las autoridades de la Península reunidas.

P. T. V. Alicante.

No resulta interesante ni tiene el menor salero que usted pase en Alicante el diciembre y parte de Enero.

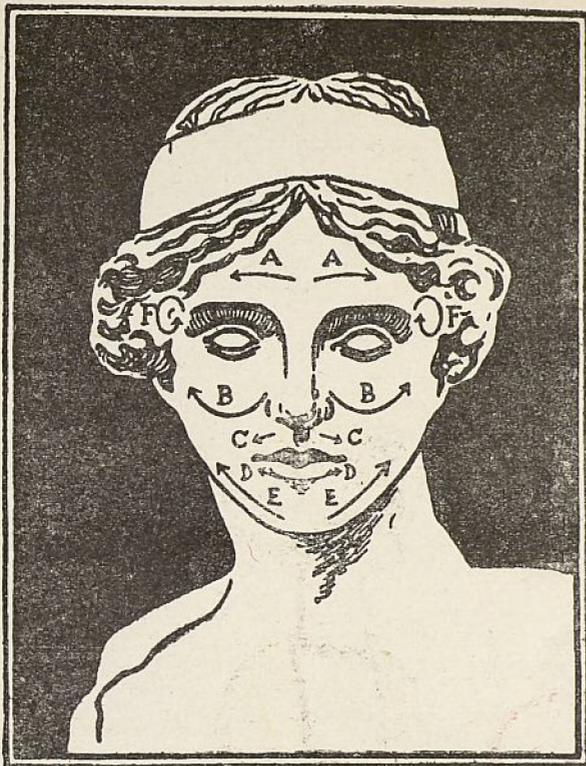
Y como eso es todo lo que viene a decir su crónica, queda aplazada su publicación hasta el día del Supremo Juicio final.



—¿Cómo es que tu padre murió sin dejar un céntimo?

—Porque perdió su salud tratando de enriquecerse, y después perdió sus riquezas para conseguir tener salud.

De London Mail.



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Dib. RIVERO GIL.

—¡Qué mal le está a tu prima ese sombrero!
—Pues ella cree que le *cae bestialmente*, chico; y no hay quien *se lo quite* de la cabeza.